Perspectivas

Suplemento de Análisis Político

Mayo 2025 - Edición No. 182

CETCAM
Centro de Estudios Transdisciplinarios de Centroamérica

@CentrodeInvestigacionCetcam

@CetcamCA

La posible y necesaria unidad de los opositores nicaragüenses

Cada año, al acercarse el mes de abril, se renueva el debate sobre las estrategias para enfrentar a la dictadura en Nicaragua y se multiplican los llamados a la unidad de las fuerzas opositoras. Esta fecha tiene un profundo simbolismo, pues conmemora el inicio de las protestas cívicas de abril de 2018, cuando miles de nicaragüenses se levantaron contra la represión y las políticas autoritarias del régimen de Ortega y Murillo, que las reprimió violentamente con saldo de más de 350 muertos.

Siete años después de aquella sublevación, la oposición sigue fragmentada y dispersa mientras la dictadura continúa aferrada al poder. Por eso es pertinente preguntarse: ¿es viable construir una unidad efectiva? ¿quiénes deberían integrarla y con qué propósito?, ¿es indispensable para avanzar en la lucha democrática o existen otras vías de acción?, ¿qué cambios serían necesarios para hacerla posible? Incluso si, por circunstancias excepcionales, se lograra reunir a la diversidad de grupos opositores, ¿bastaría ese solo hecho para mejorar las perspectivas de cambio en el corto plazo?

La unidad es un concepto recurrente en el discurso de los liderazgos opositores, especialmente de aquellos más visibles. Sin embargo, frecuentemente se enuncia de manera ambigua, sin precisar su alcance, actores ni propósitos concretos. Más allá de las declaraciones, esos liderazgos son los primeros responsables de construir una propuesta política alternativa a la dictadura, capaz de darle coherencia y sentido a la acción colectiva. Se trata, de articular un proyecto común que responda a la urgencia del cambio político y las expectativas de la ciudadanía. Una tarea que sigue pendiente, mientras los llamados a la unidad corren el riesgo de quedar en buenas intenciones, esfuerzos dispersos y poco efectivos.

Las lecciones del 2021

Construir un proyecto que logre el compromiso de los actores para trabajar de manera constante en objetivos y planes claramente definidos requiere visión, generosidad y la convicción de que la democracia solo es posible con la participación de todos. Esas son condiciones básicas para avanzar.

La experiencia de 2021, marcada por el intento fallido de participar en las elecciones presidenciales aun en condiciones de alta represión, dejó importantes lecciones para la oposición nicaragüense. Puso en evidencia las dificultades para construir acuerdos, la fragilidad de las alianzas y las limitaciones de los liderazgos. Más allá de las responsabilidades

particulares, ese desencuentro es referente clave para comprender los desafíos actuales de la unidad opositora.

Previo a las elecciones de 2021 la dictadura cerró los espacios políticos mediante la proscripción de partidos, la cooptación de estructuras y la criminalización de liderazgos, reduciendo significativamente las opciones para participar en la competencia electoral. A pesar de ello, la oposición logró articularse en dos grandes bloques que reunían partidos políticos y actores sociales emergentes no tradicionales: la Coalición Nacional y la Alianza Ciudadana. Cada bloque contaba con un partido político habilitado legalmente para participar en las elecciones: la Coalición Nacional contaba con el Partido de Restauración Democrática (PRD) y la Alianza Ciudadana alrededor del partido Ciudadanos por la Libertad (CxL).

La estrategia de CxL se centró en un cálculo electoral pensando que el PRD desertaría, dejando a la Coalición Nacional fuera de la competencia electoral y colocándolos como la única opción opositora. En ese cálculo, no consideraron suficientemente que la crisis de la dictadura detonó por la movilización de miles de ciudadanos desencantados de los partidos políticos tradicionales, y por otra, que la dictadura estaba decidida a impedir la competencia electoral. La campaña representaba ante todo una oportunidad para revitalizar la movilización cívica y desafiar a la dictadura bajo un liderazgo unificado.

La Coalición Nacional, por su parte, fue un esfuerzo unitario diverso e importante, pero también acarreaba falencias y contradicciones que limitaron su capacidad jugar un papel más activo y coherente mientras duró su existencia. Los candidatos presidenciales junto a dirigentes políticos y sociales fueron encarcelados, la personería jurídica del PRD fue cancelada en mayo de ese año, y en agosto cancelaron también a CxL.

Efectivamente la responsabilidad principal es del régimen Ortega-Murillo que anuló las posibilidad del cambio a través de las elecciones, pero las tensiones de una oposición fragmentada, con dinámicas de exclusión, competencia por la representación y la falta de una estrategia común limitaron la posibilidad de articular una alternativa política coherente y la posibilidad de constituir una alianza electoral unificada.

Quienes participaron en esa experiencia tienen pendiente hacer una revisión crítica para extraer las lecciones, buenas y malas, a fin de que alumbren a las nuevas iniciativas unitarias que existen en la actualidad; pues los efectos de esas decisiones aún se reflejan en la fragmentación opositora y limitaron la posibilidad de sentar un precedente político valioso para los esfuerzos de articulación necesarios el día de hoy.

Foto: Cortesía

Dos desafíos importantes: atomización y desarraigo

La atomización de la oposición ha sido señalada por diversos analistas como una expresión de la división interna; se atribuye a factores como los egos, las desconfianzas y la falta de voluntad de concertación. Factores también aprovechados por la dictadura para destruir organizaciones y esfuerzos de unidad. La represión de los Ortega-Murillo ha agudizado la atomización por el reino de terror impuesto en el país e impide hasta la mínima acción política. Esta atomización tiene dos dimensiones: los vínculos y la colaboración entre los grupos y organizaciones que están en exilio; y el desarraigo de los que están dentro del país.

La fragmentación ha adquirido una dinámica inercial con la proliferación de grupos, plataformas y concertaciones, - algunas con alcance reducido, centradas en intereses individuales y dispersas en diferentes países - , que dificulta articular esfuerzos colectivos y vuelve más complejos los desafíos actuales para alcanzar acuerdos. Aunque existen varias iniciativas que se han planteado como propósito articular acciones y contribuir a la unidad, ningún liderazgo, organización o alianza cuenta con la legitimidad y vocería suficiente entre las fuerzas opositoras; y aun así, hay grupos que adoptan enfoques rígidos, los imponen como condición, convirtiéndose en parámetros excluyentes para colaborar con otros. Además, en ciertos espacios prevalecen las descalificaciones y disputas, debilitando aún más la posibilidad de articular esfuerzos conjuntos. Superar estas barreras implica dejar atrás prejuicios, resentimientos y extremismos para fomentar y practicar activamente una cultura de diálogo y construcción de consensos, donde las diferencias sean reconocidas y gestionadas como parte de un proceso democrático.

Los grupos opositores que están en el exilio han mantenido, en mayor o menor medida, vínculos personales y familiares con la realidad del país. Sin embargo, la represión sistemática y el desmantelamiento de las estructuras organizativas internas han debilitado las posibilidades de mantener conexiones políticas significativas con la ciudadanía dentro de Nicaragua. De manera que a pesar de los lazos y la comunicación entre unos y otros, el comprender las necesidades, temores, esperanzas y la lucha que significa para los nicaragüenses sobrevivir en el ambiente hostil y opresivo de Nicaragua, es difícil. Con el paso del tiempo se va creando una brecha que influye sobre la capacidad real de representar las demandas de la sociedad nicaragüense. Por ejemplo, la imposición de aranceles a los productos de Nicaragua importados a los Estados Unidos produce una reacción positiva entre grupos opositores en el exterior, pero algunos estudios de percepción revelan que en el país la población teme que esta medida los perjudique en lo personal.

Por otra parte, compartir y contrastar las ideas, visiones o estrategias de las agrupaciones opositoras en el exterior con la opinión y los sentimientos de quienes están en Nicaragua es difícil por la vigilancia y el alto riesgo que significa; de manera que en diferentes casos la opinión política relevante se encuentra cada vez más en otros exiliados.

Foto: Cortesía

Viviendo en el exilio, una buena parte de los grupos opositores dirige sus discursos hacia interlocutores externos como gobiernos extranjeros —principalmente el de Estados Unidos— y organismos internacionales. En muchos casos, esos mensajes tienen poca relevancia para los nicaragüenses que están dentro del país y que enfrentan desafíos más inmediatos. Sintonizar el discurso opositor con los temores y esperanzas de los nicaragüenses es un desafío permanente que puede ser superado con información, empatía y estrategias efectivas de comunicación.

Es importante reconocer los esfuerzos de diferentes personas y organizaciones para construir plataformas unitarias y desarrollar alternativas que conduzcan a la transición democrática en Nicaragua. De ahí que algunos de los desafíos más importantes se refieren a reconocer las realidades del país, trazar rutas prudentes sin caer en la trampa de pretender abarcar demasiado, reconocer el valor y la importancia de los otros, y creer que la mayor amplitud en el tiempo más breve es el camino más rápido, y por el contrario hagan posible la construcción mesurada de un proyecto político compartido.

Foto: Cortesía

Promover una cultura política democrática

Las dificultades para construir consensos entre los actores opositores suelen atribuirse a una cultura política autoritaria, excluyente y ajena al diálogo. Esta explicación, presentada a veces como una condición inmutable, desconoce que la cultura política es, en realidad, un producto histórico en permanente evolución y transformación; es el resultado de prácticas y comportamientos tanto de los liderazgos como de las personas en todos los ámbitos de la vida social.

Como señala Larry Diamond, los líderes políticos tienen la mayor capacidad para incentivar y modelar una cultura política democrática en el conjunto de la sociedad. Eso requiere que además de los discursos y mensajes democráticos, actúen en coherencia, viviendo y practicando cotidianamente los valores de una nueva cultura política democrática. Eso no requiere esperar a la transición, es una tarea para lo inmediato que indudablemente tendrá como consecuencia una cultura de inclusión, negociación y construcción de consensos.

Los grupos y organizaciones que participan en las iniciativas de unidad cuentan con liderazgos de distinto tipo que emergieron sobre todo al calor de 2018. Hay algunos de mucha proyección pública, mientras que otros son liderazgos intermedios y de base, menos expuestos públicamente pero muy importantes para la movilización y la resistencia desde 2018 hasta la actualidad. Un paso importante para tender puentes y fortalecer los canales de comunicación es que unos y otros se reconozcan mutuamente como importantes y necesarios.

Promover la cohesión y cooperación al interior de cada grupo organizado para luego proyectarse hacia otros actores afines es un paso también necesario, a fin de ampliar los vínculos con otros con los que pueden haber diferencias pero comparten el compromiso con la construcción de una Nicaragua democrática y justa.

Por otra parte, además de reconocer la importancia de los liderazgos en viabilizar estos esfuerzos, es necesario señalar que el avance hacia un proyecto unitario descansa en la construcción de una visión compartida sobre la transición democrática, la voluntad de actuar conjuntamente hasta que la dictadura desaparezca y se abran las puertas del cambio. Por ello, Nicaragua requiere de sus líderes la capacidad de construir equipos, generar confianza, tender puentes y promover una cultura de cooperación, que reconozca la diversidad como un valor y no como un obstáculo, pero sobre todo compartir una visión esperanzadora y creíble del país que proponen construir.

Adicionalmente, desde el punto de vista estratégico, la unidad opositora será viable si se construye con grupos organizados, con visión y objetivos claros, con representaciones legítimas, y voluntad de contribuir a una ruta común. Más que grandes asambleas y declaratorias públicas, la clave pasa por fortalecer el diálogo y articular alianzas funcionales entre actores que tienen una base mínima de organización y voluntad de trabajar en conjunto.

Las acciones posibles

En la actualidad y por la evolución que ha tenido la crisis sociopolítica, la diversidad de visiones y experiencias entre los grupos de oposición es una realidad; en ese sentido, un buen punto de partida para construir la unidad es la acción coordinada en temas específicos y de interés común: la defensa de los derechos humanos, la denuncia e incidencia internacional, la articulación de propuestas para la transición democrática, y la reconstrucción de vínculos con la ciudadanía dentro del país. Dos líneas de acción son estratégicas: la incidencia internacional y la resistencia interna; en ambos casos, las acciones compartidas permitirán generar confianza y demostrar, en la práctica, la voluntad de trabajar juntos.

Hasta ahora la mayoría de las acciones de la oposición en el exilio se enfocan en actividades a nivel internacional e incluyen la incidencia en organismos financieros internacionales para que corten o condicionen el financiamiento a la dictadura, promover la aplicación de la justicia universal, denuncia y sensibilización sobre las violaciones a los derechos humanos de los nicaragüenses.

Estas acciones son legítimas, se pueden realizar conjuntamente y no requieren acuerdos formales de unidad; en ese sentido, una ruta posible a partir de experiencias en curso es iniciar con dos o tres agrupaciones para avanzar con distintos grupos a fin de potenciar los resultados. Intercambiar

información y análisis, alinear demandas y propuestas ante gobiernos y organismos internacionales, o juntar recursos para iniciativas complejas son ejemplos donde la cooperación estratégica es posible y necesaria.

La segunda línea estratégica es la resistencia interna. Diferentes grupos plantean que los opositores en el exterior deberían apoyarla y están en lo cierto; pero también es verdad que esas acciones deberían tener sentido de realismo, creatividad y oportunidad. También es necesario un esfuerzo renovado por reconstruir vínculos con la población sobre la base de la escucha respetuosa, la empatía y el compromiso para conocer sus inquietudes, entender cómo han evolucionado sus prioridades y cómo la política de terror del régimen ha impactado en su vida cotidiana. Esa debería ser la base para un discurso político que conecte con la gente, recupere la confianza y fomente, de manera segura y gradual, formas de resistencia cívica.

De igual manera, es importante comprender las fracturas internas dentro del propio régimen y los malestares que existen entre sus bases y estructuras, pues los funcionarios públicos y los miembros del partido también albergan descontento, miedo y frustraciones por la vigilancia y amenazas que padecen. La dictadura conoce esta realidad y procura reforzar el miedo hacia los opositores; de manera que se requiere coordinar los mensajes desde la oposición para mejorar la capacidad de comunicarse con esas personas por todas las vías posibles, haciéndoles saber que tienen futuro en una Nicaragua democrática, que los opositores reconocen su derecho y necesidad de trabajar para el Estado, que los empleados honestos y eficientes tienen sus puestos asegurados, y que la justicia se aplicará de manera justa solamente a quienes hayan cometido crímenes y violaciones de derechos humanos.

La tentación de intentar nuevamente crear la "gran unidad", una entelequia que ya ha provocado muchas decepciones debe evitarse y más bien, fortalecer las capacidades de quienes ya están trabajando, sumando esfuerzos de manera flexible y respetuosa. En la medida que los opositores nicaragüenses sean capaces de construir una alternativa política y un plan para la transición democrática con la participación de los grupos demócratas consecuentes, es posible contribuir de manera más efectiva a la salida de la dictadura de los Ortega Murillo y restablecer la confianza de la ciudadanía.

Foto: Cortesía

La acelerada deriva autocrática en El Salvador

Después de Nicaragua, El Salvador es el país centroamericano que más preocupa en la región debido a su acelerada deriva autocrática. En las últimas semanas, el gobierno del presidente Nayib Bukele se ha puesto nuevamente en el centro de las noticias por una serie de acontecimientos que confirman su vocación autoritaria y porque se han agravado las violaciones a los derechos humanos.

Luego de tres años consecutivos de aplicación del régimen de excepción que ha dejado más de 80 mil personas detenidas de acuerdo con las propias autoridades salvadoreñas; la situación de los derechos humanos se ha agravado en ese país. Numerosas organizaciones salvadoreñas han denunciado las condiciones en las que se encuentran estas personas detenidas, los juicios colectivos y la situación de desaparición forzada en la que están muchas de ellas después de los apresamiento.

Recientemente, el presidente Bukele estableció un acuerdo con Estados Unidos para recibir personas deportadas, principalmente venezolanos, y recluirlos en la mega cárcel conocida como el CECOT. Estas detenciones también son arbitrarias porque no hay acusaciones claras ni procesos judiciales; además que hay denuncias de personas deportadas que han sido catalogadas como "terroristas" o integrantes de grupos criminales que en realidad no han cometido ningún delito.

En los últimos días se registra la detención de al menos tres personas defensoras: el pastor José Ángel Pérez; el abogado ambientalista Alejandro Henríquez y la abogada anticorrupción Ruth López. De acuerdo con reportes periodísticos, estos casos se suman a otros 125 procesos en contra de defensores de derechos humanos, exfuncionarios y líderes sindicales. Un buen grupo de periodistas han tenido que salir de El Salvador por las amenazas y riesgos a su seguridad e integridad, mientras que los medios destacan una reciente investigación periodística en la que reconocidos líderes de maras narran sus acuerdos con el presidente Bukele.

Además, la asamblea legislativa aprobó una ley de agentes extranjeros que de manera similar a la que existe en Nicaragua, limita el derecho de libertad de asociación y el quehacer de las organizaciones sociales en El Salvador. Más de 70 organizaciones rechazaron la aprobación de la ley y demandaron la liberación de Ruth López. Por su lado, el "dictador cool" como se llamó a sí mismo, Nayib Bukele, ha encabezado una campaña de estigmatización que justifica los acontecimientos más recientes.

La acelerada deriva autocrática en El Salvador

1 Presidente Bukele estableció un **acuerdo con Estados Unido**s para recibir personas deportadas, y recluirlos en la mega cárcel llamada CECOT. Estas detenciones también son arbitrarias porque no hay acusaciones claras ni procesos judiciales.

2 En los últimos días, **se detuvieron al menos tres personas defensoras:** el pastor José Ángel Pérez; el abogado ambientalista Alejandro Henríquez y la abogada anticorrupción Ruth López.

3 La asamblea legislativa **aprobó una ley de agentes extranjeros** que de manera similar a la que existe en Nicaragua, limita el derecho de libertad de asociación y el quehacer de las organizaciones sociales en El Salvador.

4 Algunos periodistas **han tenido que salir de El Salvado**r por las amenazas y riesgos a su seguridad e integridad,

5 Algunos medios narran una investigación en la que **líderes de maras narran sus acuerdos con el presidente Bukele.**

ISSN: 2953-7592

CC BY NC SA